

rayos en las nubes ; la orquesta gemía á la vez y tronaba , aullaba y rugía al mismo tiempo.

Volvió los ojos hacia la platea , y la luz que la iluminaba había desaparecido ; la aparición se había disipado : la platea estaba desierta como un sepulcro vacío.

Con mano trémula buscó su reloj , y miró la esfera ; eran las doce de la noche ; acababa de entrar en los dominios del día aciago. Era martes.

## V.

¡Martes!... Esa fué la sombra que acabó de cubrir de espanto la imaginación de Martín. En el umbral tenebroso del día de los desastres se le había aparecido aquella mujer imprevista , que con la magia de su presencia , y con el hechizo de su voz , y con el magnetismo de su mirada , en un instante , como deslumbra el relámpago y hiere el rayo , había encendido su sangre , subyugado sus sentidos y esclavizado su pensamiento.

Detrás de la visión luminosa que llenaba sus ojos , ofreciéndole todas las delicias de la tierra , aparecía como un fantasma el día de las catástrofes , el portador lúgubre de las horas acia-

gas.... ¡el martes! Era la muerte detrás de la vida.

Martín se revolvía en su cama , cambiando á cada instante de postura en busca del sueño , que huía de sus párpados. Tenía delante la imagen de la mujer que había conmovido sus entrañas con el resplandor misterioso de una mirada lenta , profunda , inmensa. La veía flotar delante de sus ojos , dejando descubrir al través de los pliegues de su fantástico ropaje las vagas líneas de sus espléndidos contornos : la veía risueña , vaporosa , sumergida en la indolencia del más voluptuoso abandono. La sentía acercarse , oía los latidos de su corazón , percibía el calor de su aliento y respiraba el ambiente perfumado de sus rizos. Pero de pronto huía , y se alejaba hasta perderse en las profundidades de la obscuridad. Entonces la sombra del martes lo rodeaba de tinieblas , y veía manos descarnadas , rostros cadavéricos que le arrojaban al pasar mudas carcajadas ; veía esqueletos humanos que se abrazaban , danzando al compás de una música sin sonidos ; distinguía cuencas sin ojos , ojos sin mirada que lo cercaban , dando vueltas á su alrededor en torbellino silencioso ; sentía en su frente el aire frío de aquella danza fúnebre , y sentía el crujir de los huesos de aquel cementerio animado.

Apretaba los párpados para huir del espec-

táculo que le perseguía, y dentro de sus propios ojos se encendían luces siniestras, llamas sin calor que cruzaban las tinieblas sin iluminarlas, vagando en el aire con la inquietud con que los fuegos fatuos vuelan sobre las sepulturas.

¡Pobre Martín! Alargaba, si se me permite decirlo así, la mano de su deseo para asir la mano que le tendía la imagen de su bella aparición, y al cogerla se disipaba la perspectiva, y se helaban sus dedos al tocar el espectro de su destino.

Y volvía la imagen con el fuego en los ojos y la sonrisa en los labios, y se disipaban sus terrores, tendía los brazos para estrecharla, y otra vez el espectro se interponía: siempre la imagen y siempre el espectro. Mil veces más horrible que el suplicio de Tántalo, el tormento de Martín era propio del infierno. Se le ofrecía el néctar del deleite en copa de oro, y al acercar los labios, la copa de oro se convertía en vaso fúnebre y el néctar resultaba amargo como la muerte.

Así pasó la noche, revolviéndose en la cama con la angustia del que después de un letargo se despertara dentro del sepulcro. La luz de la mañana asomó tímidamente por las juntas de las maderas que cubrían los balcones de su dormitorio, y empezaron los objetos á tomar sus formas naturales: todo estaba en su sitio; ningún

desorden anunciaba las escenas que allí habían pasado. Martín lanzó un gran suspiro, entornó los párpados, y al fin se quedó dormido.

Durmió hasta muy tarde, y al despertarse miró á su alrededor con ojos extraviados, como si desconociese el lugar en que se hallaba. Sentóse sobre la cama, y apoyando el codo en la rodilla y la barba en el hueco de la mano, permaneció algunos minutos pensativo. No acertaba á darse cuenta de lo que había presenciado durante la noche. Sus recuerdos le presentaban las cosas con cierta confusión; no querían darle cuenta exacta de lo que había presenciado en el transcurso de unas cuantas horas.

Sacudiendo la cabeza para despertar á su memoria, decía:

—Sí, yo la he visto, la estoy viendo ahora mismo. No es un ser fantástico que yo he imaginado. Tengo sus ojos clavados en los míos. Todo mi pensamiento está lleno de su belleza; el timbre de su voz resuena todavía en mis oídos.

Su mirada errante fué á fijarse en el calendario que pendía de la pared junto á su cama; el número de la fecha asomaba por la abertura recortada en blanco sobre el fondo negro del cuadro, y parecía un ojo que miraba. Más abajo, otra abertura mayor, semejante á una boca que se ríe, dejaba ver en gruesos caracteres las letras

que formaban el nombre del día de la semana.

—Bueno (dijo asiendo el cordón de seda que caía sobre la cabecera de la cama). Ya lo sé. Hoy es martes.

Y tiró del cordón con tanta violencia, que la campanilla repiqueteó á lo lejos toda atribulada.

Su criado de confianza apareció á los pocos momentos, y sin detenerse, se dirigió al balcón y lo abrió de par en par, dejando que al través de los cristales y de las cortinas entrara la luz de golpe, como entra en todas partes, franca y alegre. Martín no pudo soportar la intensidad de aquella claridad repentina, y tuvo que cerrar los ojos. Cuando pudo abrirlos, vió al criado que, delante de la cama, lo miraba de hito en hito.

—¿Qué miras?—le preguntó.

El criado se encogió de hombros por toda respuesta, y su señor le dijo:

—Ea, á vestirme.

Envuelto en su gran bata, dejó el dormitorio y pasó al tocador. Allí acudió á un espejo, sin duda á preguntarse á sí mismo qué tal había pasado la noche; el espejo no vaciló, y al punto le presentó su imagen....; pero una imagen pálida, descompuesta, con la boca algo fruncida y los ojos un tanto encendidos. Dejó el espejo con el gesto desabrido con que se deja á un amigo demasiado ingenuo, y pasó á un gabinete con-

tiguo. Se acercó resueltamente á la mesa en que solía escribir, y sacando el cuaderno terrible en que anotaba las catástrofes de los martes, tomó la pluma, y al pie de las últimas apuntaciones escribió lo siguiente:

«Martes 15 de... de.... Anoche la vi por primera vez, y, después de las doce, desapareció. Aún puede sucederme otra desgracia: no volver á verla.»

Hecha esta anotación, cerró el cuaderno y lo guardó en el cajón de la mesa, y como hombre á quien las ocupaciones no le asedian, dando vueltas entre los dedos á los cordones de la bata, comenzó á pasearse de un extremo á otro del gabinete.

Este gabinete era un pequeño museo, y no era el arte el que había escogido las obras que allí se ofrecían á la vista, porque, en honor de la verdad, no podían tenerse por obras maestras; pero, en cambio, lo mismo los cuadros que las esculturas, ostentaban tal desnudez de formas y de actitudes, que era preciso hacer un grande esfuerzo para mirarlas frente á frente. Si había en aquellas obras algún arte, debía ser el arte verdaderamente libre.

La mujer se veía repetida muchas veces.

Martín se detuvo delante de una de ellas, la contempló un instante, y dijo:

—No; esta no vale tanto.

Pasó á otra, y le volvió la espalda, diciendo:  
—¡Bah!.... No tiene ni su mirada ni su perfil.  
En la tercera se fijó más atentamente, exclamando:

—¡Oh! Estos son sus hombros; esa es la expresión de su boca.

Paróse delante de otro cuadro, y se dijo á sí mismo:

—Esas son sus formas. Estoy seguro de ello. Esos ojos son los suyos, pardos, velados; pero les falta á éstos aquella sombra que los hace inmensos.

Dió media vuelta, y siguió diciendo:

—¿Quién es esa mujer? Nadie la ha visto hasta ahora. ¿Cómo se llama? No se sabe. ¿Y qué me importa ni su nombre ni su familia? Es bella como una Venus; es una aventura deliciosa: he ahí todo. Aquel gigante horroroso, ¿será su marido? ¡Bueno fuera! Entonces sí que podré decir: *Eureka*. Hasta ahora no me he reído más que de hombres como los demás, y debe ser una delicia reirse de un gigante. Sí; esta noche volverá al teatro. ¡Demonio! (exclamó, rascándose la cabeza.) ¡Hoy es martes! Bien (añadió, reflexionando): yo iré...., y veremos.

Cuando el criado le sirvió el almuerzo, le encontró más animado, de mejor color y con buen apetito.

## VI.

Era martes, y este día aciago no ofrecía los mejores auspicios para el éxito feliz de la aventura que á Martín se le venía á las manos. Haberla visto por primera vez como se ve la luz de un relámpago, y desaparecer ni más ni menos que desaparece la decoración de un teatro al sonar la primera hora del día terrible, significaba que el numen fatal que presidía las funestas horas del martes, se hallaba dispuesto á robarle la gloria de tan brillante conquista.

Así discurría Martín, engalanando su persona por los diversos medios con que la moda embellece á los que ocultan los desperfectos del tiempo bajo el amparo de sus favores. Y, vambos, el espejo no se le mostraba tan severo como otras veces, y lo presentaba á sus ojos con veinte años menos; y Martín, al verse, se creía realmente rejuvenecido y más bello que en los días primaverales de su verdadera juventud, que ya pasaron, so pretexto de que todo pasa en el mundo.

Se acicalaba con escrupuloso esmero, sin olvidar ningún detalle que pudiera realzar el atractivo, algo trasnochado ya, de su persona, porque iba al teatro en busca de la aparición que

la noche antes despertó en su alma un mundo de deseos, y cuyo solo recuerdo lo inundaba de delicias. Como digo, iba al teatro, y quería á toda costa causar con su presencia un efecto decididamente favorable. Mas le acometía el temor de no encontrarla; y, dando al lazo de su corbata toda la gracia posible, murmuraba entre dientes:

—No irá...; es muy posible que no vaya. En martes no sucede cosa buena. No irá, y no la veré, y acaso no la vuelva á ver más en mi vida.

Acabó de vestirse, y se fué al teatro con el aire decidido del que va á jugar el todo por el todo. Entró, y sus ojos buscaron la platea; pero, ¡oh fatalidad de su destino!, la platea estaba ocupada por las tres figuras de retablo que ya conocemos: la jamona gruesa y morena, la niña enfermiza y el señor canoso. Martín se instaló en su butaca, desesperado; y, hundiéndose en ella, decía por lo bajo:

—¡Martes maldito! ¡Día siempre aciago!

Consolóse, sin embargo, con la idea de una empresa digna de su vida ociosa, y se juró á sí mismo buscarla hasta en el centro de la tierra. Todos los días no son martes. Tan oportuna consideración reanimó su espíritu, y comenzó á hojear aquel álbum de cabezas humanas que el teatro le presentaba por todas partes.

Sus miradas iban de un punto á otro como

mariposas que no encuentran donde detenerse, cuando advirtió unos gemelos tenazmente asettados hacia el lugar que él ocupaba, desde el fondo de un palco principal que tenía á su espalda. Sin duda él era el objeto en que se hallaban fijos los gemelos; tomó los suyos, los puso á la altura de los ojos, y, digámoslo así, los lanzó al palco. Y, ¡oh prodigio inaudito de su fortuna! Detrás de los gemelos del palco estaba *ella*, ella misma, la aparición, rodeada de todos los esplendores de su belleza. Martín experimentó la locura del contento. La veía, y no era escólo, sino que ella también lo miraba.

Los actos de la ópera le parecían interminables, y los entreactos demasiado breves, porque en los intermedios se ponía de pie para dejarle ver toda la gallardía de su persona, al mismo tiempo que al través de los gemelos se deshacía contemplándola. Ella hacía también frecuente uso de los suyos, y siempre iban á detenerse en Martín, de manera que unos y otros gemelos se apuntaban mutuamente, como dos baterías que se hacen fuego.

¡Qué noche!... Para Martín fué la más deliciosa de su vida. Alguna vez tropezaban sus ojos con la monstruosa cabeza del gigante, y entonces cambiaba cautelosamente la dirección de sus miradas. Antes que el telón cayera en el último acto, abandonó la butaca y fué á tomar

posiciones al pie de la escalera por donde debía bajar la bella mujer que decididamente se había hecho dueña de su pensamiento.

Allí la esperaba, y después de un siglo de impaciencia, la vió aparecer en la última meseta de la escalera. Bajaba envuelta en un abrigo de pieles, casi oculto el semblante; pero Martín devoró con los ojos su frente tersa y brillante, donde se reflejaba la luz del gas que alumbraba la escalera. Sobre la blancura de la frente se erguían, si es posible decirlo así, dos cejas aterciopeladas, rigurosamente dibujadas; debajo resplandecían sus ojos pardos velados por una sombra extensa que llenaba de ardientes misterios sus miradas: la estatura era majestuosa, el aire era espléndido; bajo la amplitud del abrigo se adivinaba un talle soberano, y bajo las ondas del vestido asomaba, en el movimiento de los pasos, la punta de un pie que debía ser un prodigio.

Martín recogió todos estos detalles con la avidez con que un ejército victorioso recoge el botín de la batalla.

Pasó junto á él, y le hizo respirar el perfume de su ropaje, le dirigió una mirada fugitiva, le dejó ver una sonrisa, y se perdió entre la multitud que salía del teatro con el mismo afán con que había entrado.

Trastornado Martín con la embriaguez de su

triunfo, quiso seguirla; pero una oleada de gente se interpuso, y luchó inútilmente por abrirse paso. Al perderla de vista, la voz del gigante, más dura que el bronce, pronunció estas palabras:

—Aurora, mañana iremos á la Zarzuela.

Maldiciendo Martín al género humano, que le impedía seguirla, exclamaba:

—¡Ah, se llama Aurora! ¡Qué nombre!

Cuando salió á la calle, la aparición se había desvanecido. Bueno; pero á la noche siguiente volverían á verse en la Zarzuela. El gigante, con su voz estentórea, le había dado la consigna, y esta feliz circunstancia le hizo creer que aquel salvaje era el marido de Aurora.

Ya sabía cómo se llamaba; sus ojos se habían puesto en mutua inteligencia; ¿qué más podía apetecer su deseo?

De esta manera transcurrieron algunos días, viéndose todas las noches, ya en un teatro, ya en otro, porque siempre había un medio indirecto, casual, de darse la cita para la noche siguiente.

¿Dónde vivía? Martín lo ignoraba. Pero bien; era preciso contener los ímpetus de su impaciencia, porque el gigante debía ser celoso como un turco, y convenía mucho andar con pies de plomo. Hasta entonces no se había pasado de

miradas y de sonrisas. Esto era poco. Un billete, diestramente puesto en sus manos, completaba el éxito de la aventura.

En los vestíbulos de los teatros se venden ramilletes de flores, y hay muchachas frescas y sonrosadas, muy diestras en este comercio. En un ramillete que pagó el gigante, fué á manos de Aurora el billete de Martín, que sólo contenía estas palabras:

«Te adoro.»

La respuesta se hizo esperar dos días eternos, al cabo de los que la florista, agradecida á las propinas de Martín, le regaló una rosa magnífica. Dentro de ella encontró un papel mil veces doblado, y dentro del papel unas letras diminutas, que decían:

«¡Y yo! ¡Dios mío!»

Martín leía y releía esas dos exclamaciones, y, semejante á un chiquillo que ha encontrado el juguete que buscaba, daba saltos de alegría dentro de su cuarto. ¡Las flores eran sus mutuas mensajeras! Todo, ¡qué poético!

A las miradas y á las sonrisas se habían añadido los billetes; faltaba, pues, una entrevista, una cita en que los dos pudieran decirse lo que callaban.

El plan que se urdía en su cabeza, no exigía grandes combinaciones: estaba reducido al recurso más elemental del arte. ¿No podría Auro-

ra disponer libremente de una hora? Pues entonces, negocio concluido.

Sin más reflexiones, sentóse delante de la mesa, cogió un plieguecillo de papel fino como la seda y azulado como el agua, y empezó á escribir lentamente, como el que piensa mucho lo que escribe.

## VII.

En esa delicada tarea fué interrumpido por la presencia de su criado, que, entrando silenciosamente, le puso una tarjeta delante de los ojos. Miróla, y leyó en ella:

«*León Gohat.*»

Este nombre le era enteramente desconocido, y en vano registró el archivo de su memoria, porque jamás había oído pronunciarlo.

—Bien (dijo); que pase.

Y arrojando la tarjeta sobre el mármol de la chimenea, se adelantó hacia la puerta, con ánimo resuelto de despachar pronto aquella visita impertinente.

No esperó mucho tiempo, pues á los pocos momentos el cortinaje que cubría la puerta se

agitó de manera que parecía que iba á venirse abajo, y en el instante mismo asomó una cabeza enorme y luego un cuerpo formidable, cuyos brazos hercúleos podían muy bien tocar con la mano en el techo.

Martín retrocedió espantado: tenía ante sus ojos al gigante de la platea, al monstruo del palco. ¡Demonio! Al marido descomunal de Aurora, que se inclinó cortésmente como una montaña que va á desplomarse, sonriendo del mismo modo que enseñan los perros los dientes un momento antes de clavarlos.

—Caballero....—balbuceó Martín, inclinándose á su vez con profunda cortesía.

Abrió el gigante la tremenda boca, y con voz semejante al trueno que retumba en una caverna, le dijo:

—Perdone V., amigo mío, que me presente en su casa con tanta franqueza; pero hay circunstancias que obligan á prescindir de ciertas formalidades. Y, ¡qué diablo!, dos hombres de honor se entienden fácilmente, y pronto despa-  
chan sus asuntos.

No había duda de que el marido venía á suscitar una conversación siempre enojosa, y, en aquel caso, terrible. Sin embargo, Martín dominó el temblor que bullía por todo su cuerpo; fingió cierta serenidad de que no era dueño, y se inclinó por segunda vez, diciendo:

—Sea el que quiera el asunto que me proporciona el honor de esta visita, me creo obligado á suplicarle que tome asiento.

—¡Ajá! (exclamó el gigante, haciendo crujir una butaca bajo su peso.) Sí; es una excelente idea la que á V. le ha ocurrido, y aprovecho con mi habitual franqueza su oportuno ofrecimiento.

Martín acercó otra butaca á la chimenea, avivó el fuego, porque sentía un frío mortal, y con bastante aplomo se sentó frente á frente á su terrible enemigo.

Cualquiera que los hubiese visto, habría comprendido que el gigante era el juez y Martín el reo.

Tosió el primero con cavernosa violencia, y queriendo inútilmente dulcificar la aspereza de su acento, se dirigió á Martín, diciéndole:

—No nos engañemos. Usted es un hombre de mundo; conoce V. perfectamente los resortes que ponen en movimiento el corazón de las mujeres. Es un privilegio que no todos alcanzan. ¡Sí, privilegio que debe hacer la vida muy agradable! Mas, ¡qué diablura!, eso suele tener también sus quiebras. ¿Mé comprende V.?

Demasiado lo comprendía Martín, pero no estaba en el caso de darse por entendido. Si aquel hombre era la fuerza brutal que aplasta, él sería la astucia que huye el cuerpo.

Contra las bárbaras pretensiones de su adversario opondría siempre una negativa terminante. No era cosa de dejarse aniquilar por aquel monstruo, sin más razón de su parte que la de tener celos.

Así es que frunció la boca, se encogió de hombros, arqueó las cejas, y le contestó sencillamente:

—No comprendo.

—Echó atrás el gigante la cabeza, como el león pronto á lanzarse sobre su presa. Este movimiento hizo que la melena que la cubría apartara sus ásperos rizos de color de cobre, descubriendo una frente llena de tempestades; sus ojos, redondos como los de los gatos, se clavaron en el rostro de Martín como dos saetas, ante cuya mirada el seductor, aterrado, creyó que no se hallaba en presencia de un ser humano.

La tempestad que se le venía encima estalló en una carcajada que hizo temblar el pavimento.

—Bueno (rugió el monstruo); es lo mismo. Creí que mi aspecto afable inspiraría á V. más confianza, y que nos entenderíamos á media palabra. No es así. Se niega V. á reconocer el mérito que lo adorna... Modestia, pura modestia, que no vacilo en reconocer. Sin embargo, será preciso que prescindamos de ella. Vamos á cuentas: V. ha conseguido un gran triunfo.

—¡Triunfo!—exclamó Martín.

—¡Rayos del infierno! (añadió el gigante.) Un triunfo completo.

—Lo ignoro,—replicó Martín, atribulado.

—¿Sí?—le preguntó el monstruo.

—Sí,—le contestó.

Dando una tremenda puñada sobre el brazo de la butaca, la voz del gigante tronó, diciendo:

—¡Que los demonios me lleven en cuerpo y alma, si no lo veo yo á V. todas las noches en el teatro!

—Es posible (se apresuró á replicar Martín). Yo frecuento los teatros, y si V. también los frecuenta, nada más natural que me haya visto algunas veces.

Con esta observación creyó que había parado el golpe; mas su adversario insistió, exclamando:

—¡Algunas! No, muchas; todas. Convento en que nada tiene de particular que se vean las personas que se reúnen en los teatros, si no son ciegos; por eso lo he visto yo á V., porque yo lo veo todo, las miradas que se cruzan, las sonrisas que se cambian, los gemelos que se buscan, los encuentros que se vienen á la mano al salir del palco, al pie de la escalera, en la puerta, al subir al coche. ¿Me va V. ya comprendiendo?

—Esos datos (dijo Martín) pueden ser imaginarios; pueden ser sospechosos á ojos demasiado suspicaces; pero que bien medidos y bien

pesados, nada positivo atestiguan, nada dicen, nada prueban.

—¡Nada! (repitió Goliat, apretando los puños.) ¡Nada! ¡y hay una mujer que enloquece, un alma encendida por el fuego de una pasión incurable, que suspira, que sueña, que se muere, porque lleva grabada en su corazón la imagen del hombre que tengo delante!

Martín lo oyó sin pestañear, y pidiendo permiso al terror que lo dominaba, paladeó por un momento el placer de su triunfo. Aurora era suya, suyas sus miradas, suyas sus sonrisas, suyos sus suspiros, y suyo su pensamiento. En aquel instante la veía más bella, más deslumbradora que nunca. Pero de la misma manera que el vidrio se quiebra al chocar con el bronce, la perspectiva de aquella satisfacción deliciosa se rompía en su imaginación al encontrarse en presencia de Goliat. Se mordió los labios, y le dijo:

—Todo eso es algo fantástico: en las novelas sentimentales se suelen ver esas pasiones quiméricas, que en el mundo no existen. De todos modos, yo me atrevo á preguntar, ¿cuál es mi culpa?

Pronunció estas palabras encogiéndose dentro de la butaca, como si sintiera ya silbar el rayo sobre su cabeza. Pero no; la fiera, en vez de rugir, entreabrió los labios para sonreirse.

—Juro (exclamó) que para V. los golpes con bastante destreza, y voy á dirigirle el último: es una estocada maestra que no tiene quite. Ea, en guardia: Aurora posee un medallón de oro; anoche la sorprendí besándolo; poco después se quedó dormida junto á la chimenea, me acerqué, abrí el medallón, que colgaba de su garganta, y encontré un papel fino y azulado.... Este (añadió presentándose.) Véalo V, y téngase por muerto.

Tomó Martín el papel, que el gigante le metía por los ojos, y pronto lo reconoció: era su primer billete, aquel en que le decía: «Yo te amo».

El miedo tiene también su audacia y el terror su heroísmo. Martín hizo un esfuerzo supremo, y devolvió el papel, después de haberlo examinado, diciendo:

—Este documento es enteramente anónimo; no prueba nada; carece de fecha y de firma.

Goliat se puso de pie y dió una vuelta sobre sí mismo, como si él hubiese recibido el golpe que acababa de asestar á su adversario. Se rascó la frente de tal modo, que habría hecho saltar la sangre en otra cabeza menos dura que la suya. Sus ojos, iluminados por un resplandor siniestro, lanzaron la mirada sobre la mesa. Allí estaba el papel fino y azulado en que pocos momentos antes había trazado Martín algunos

renglones, y, arrojándose sobre la mesa, cogió el papel y leyó lo escrito, exclamando:

— ¡Soberbio! Aquí se propone una cita.... ¿A quién?... No lo dice. Pero.... ¿qué importa?... Es el mismo papel, la misma tinta, la misma letra. ¡Ah! Mi estocada ha sido segura.

Y tan segura. Martín la sintió hundirse en su corazón y helar su sangre. No tenía salida; estaba perdido; más aún: estaba muerto; y el espectro del martes se levantó del fondo de su memoria como una visión horrenda.

### VIII.

En buena se había metido el héroe de tantas aventuras afortunadas. Se hallaba en la boca del león, y era evidente que la fiera no soltaría la presa. Creía oír el crujido de sus propios huesos al romperse entre los dientes del monstruo.

Goliat, de pie, con los brazos tendidos, le ponía delante de los ojos los billetes acusadores; Martín, sepultado en la butaca, pálido y trémulo, guardaba el silencio de la muerte. Ya no eran el juez y el reo, sino más bien el verdugo y la víctima, la mosca cogida en la tela de la araña, el ratón entre las uñas del gato.

La solución del terrible trance se presentaba

con claridad espantosa. Goliat exigía una satisfacción completa, proponiendo un duelo horroroso: quedaba el recurso de no admitirlo; recurso inútil, porque el gigante levantaría el brazo, y el infeliz Martín moriría aplastado bajo el peso de una sola puñada. La muerte se le presentaba fría, descarnada, implacable.

Hubo algunos momentos de silencio, que hacían más pavorosa la situación de la víctima. Eran esos instantes de calma y de silencio que preceden á las grandes catástrofes; ese mudo horror en que cae la naturaleza antes de estallar el furor de las tempestades.

Goliat guardó en su bolsillo los billetes que tenía en la mano, y tomando el silencio de Martín por una confesión terminante, volvió á sentarse, diciendo:

— ¡Demonio! Al fin nos hemos entendido.

Articuló estas palabras dando á su semblante la serenidad que permitía el conjunto borrascoso de sus facciones, y respiró con ímpetu, dejando sentir la primera ráfaga del huracán que se agitaba en su pecho. Después dijo tranquilamente:

— Por mi parte, no me opongo á que conserve V. hacia Aurora toda la pasión que ha sabido inspirarle, ni veo inconveniente ninguno en que ella le dedique á V. todos sus deseos y todos sus pensamientos.

Martín abrió los ojos, ni más ni menos que

si quisiera ver lo que oía; y el gigante añadió:

—Pero se trata del honor de una mujer que lleva el nombre de mi familia, y juro por todo el fuego del infierno, que en ese punto no cedo un paso, ni un dedo, ni una línea. ¡Demonio! Los curiosos están ya en el secreto de esa amorosa inteligencia, y el honor de Aurora va y viene de lengua en lengua. Tratándose de un seductor tan afortunado como V., ¿cómo hacer creer á los maliciosos que la cosa no ha pasado de miradas, de sonrisas, de suspiros? ¡Ah! No.... Mil veces no. Si Aurora fuese mi mujer, que el infierno me trague diez veces seguidas, si no estaba ya diez veces estrangulada.

Aquí no fueron los ojos solamente, sino también la boca, la que Martín abrió de par en par, presentando al gigante su fisonomía completamente estúpida. Éste hizo una mueca horrible, y siguió diciendo:

—Á la mujer propia que se le vuela el frasco con el primer pisaverde que se le viene á los ojos, se la estrangula, sin más consideración que la de cogerla bien por la garganta, para que acabe pronto; pero tratándose de una hermana, ya es otra cosa.

¡Qué diablos decía esta montaña humana! ¿No era marido de Aurora? ¿Era su hermano? Eso acababa de decir claramente. Martín se atrevió á respirar, porque, al fin y al cabo, un

hermano no es tan temible como un marido.

—Con una hermana (prosiguió Goliat), hay que proceder de otra manera. Ante todo, se busca al seductor, aunque sea en el fondo de la tierra, y se le mata como se mata á una mosca impertinente ó á una araña venenosa. En cuanto á ella, se la encierra por toda su vida, dejándola en libertad de que dirija sus ardientes miradas y sus tiernos suspiros á las cuatro partes del mundo por conducto de las cuatro paredes de su encierro.

La naturalidad con que exponía su plan daba claros indicios de que lo tenía por sumamente sencillo, al mismo tiempo que la energía brutal de su rostro y la dureza de sus puños atestiguaban cuán fácil le sería ejecutarlo en todas sus partes.

Sin embargo, Martín debió sentir algún aliento, porque, incorporándose como el que vuelve en sí, quiso pronunciar algunas palabras, que no llegaron á salir de sus labios, en razón á que el gigante lo contuvo, diciéndole:

—Poco á poco; que aún no he concluido. Pudiera suceder que los dos amantes convinieran en unirse para siempre, y, en tal caso, libre de toda sospecha el honor de mi nombre, me resignaría á lavarme las manos.

Dicho esto, se arrellanó en la butaca, y se puso á mirar al techo con la indiferencia del que lo mismo le da á cuestras que al hombro.

Por su parte, Martín vió algo semejante á un rayo de luz; algo como una tabla en medio del horror del naufragio. Su situación tomaba un aspecto menos terrible. Eso sí, se le presentaba un matrimonio en perspectiva; mas por lo menos ganaría tiempo, y ganar tiempo podía ser ganarlo todo. Por lo demás, Aurora era el encanto de sus sentidos. Sentía que el alma le volvía al cuerpo. Aquello era ya otra cosa; equivalía á nacer de nuevo, á resucitar, á salir del sepulcro. Respiró, pues, con toda la amplitud de sus pulmones, animó la desconcertada expresión de su rostro, y dijo:

—Siempre es respetable el honor de una mujer. Confieso que esa bella criatura ha cautivado mi pensamiento, y no puedo negar que la he mirado muchas veces. Nos trataremos, y si consigo fijar su corazón, nos uniremos para siempre y seremos felices.

Goliat no pudo contenerse, y soltó la carcajada, carcajada que hizo crujir los cristales de la habitación. Luego, serenando el ímpetu de su hilaridad, replicó, diciendo:

—No, no es posible aventurar á la inconsistencia de los afectos humanos el honor de una familia, y, sobre todo, el honor de mi nombre. Ella está perdidamente enamorada. Perfectamente; pero, ¿quién me responde de V.? ¿Quién me asegura de la volubilidad de un hom-

bre corrido en las aventuras del mundo? Hoy bien; pero, ¿y mañana? La belleza que se nos mete por los ojos, al fin nos cansa. No hay nada más insoportable que una mujer enamorada. V. acabará por aburrirse, por desesperarse, y yo habré perdido un tiempo precioso. No admito dilación ninguna; aquí es preciso que dejemos terminado este asunto.

—¡Cómo!—exclamó Martín, asombrado.

—Es muy sencillo (contestó al golpe). Yo soy un hombre muy razonable. En materias de honor preveo todas las contingencias, y no doy más que pasos en firme. Vamos á acabar de entendernos.

Y diciendo y haciendo, sacó del fondo del gabán en que iba envuelto, un pliego que desdobló, poniéndoselo á Martín delante de los ojos.

—¿Qué contiene ese papel?—preguntó éste, mirando al gigante con ojos atónitos.

—Nada (le dijo): una simple escritura de sponsales, un contrato matrimonial; ni más, ni menos.

Y volviéndose hacia la mesa, colocó sobre ella la escritura, y, puesto de pie, con solemnidad salvaje, pronunció estas palabras:

—Ahora, no hay más que elegir: la pluma, ó la espada; una firma, ó un duelo.

El terror de una muerte segura y la bella imagen de Aurora se apoderaron inmediatamente

de la imaginación de Martín. Sintió como un vértigo que trastornaba sus ideas. Veía á sus pies la profundidad de un abismo insondable, y sobre su cabeza la mano blanca, fina y suave que Aurora le tendía. Se levantó, impelido por una fuerza desconocida que invadía su ser; se acercó á la mesa, cogió la pluma, y firmó al pie del contrato. Al alzar la mirada, se encontró con los ojos del monstruo, que chispeaban como una fragua, la boca se retorcía sobre sí misma en una mueca espantosa, y sus miembros descomunales crecían como una sombra gigantesca, que, extendiéndose por toda la estancia, la iba cubriendo de tinieblas. Los ojos de Martín vacilaron, perdieron la mirada; no veían más que obscuridades.

La voz de Goliath retumbaba en sus oídos como el rumor de la tempestad que se aleja; le oía decir:

—Bueno....; el matrimonio; yo habría preferido el duelo; pero es lo mismo. ¿Qué más da? Entre la muerte y el sepulcro no hay gran diferencia.

Y el aire temblaba, agitado por la risa del gigante.

Después, todo quedó en silencio.

Poco á poco se fueron disipando aquellas tinieblas que habían embargado sus pupilas, y como si abriera los ojos, empezó á sentir pri-

mero los reflejos de la luz, luego la luz misma.

Tendió maquinalmente las manos para recoger el contrato que acababa de firmar, y el contrato ya no estaba sobre la mesa.

Miró á su alrededor, y se encontró solo.

También el gigante había desaparecido.

## IX.

Sobre el cuaderno de las apuntaciones tenebrosas tenía Martín inclinada la cabeza, leyendo atentamente estos renglones:

«Martes 15 de.... de.... Anoche la vi por primera vez, y después de las doce desapareció.... Aún puede sucederme otra desgracia: no volver á verla.»

Después de leer muchas veces esas líneas trazadas por su mano, cogió una pluma, y al pie de ellas añadió lo siguiente:

«La volví á ver....; la he visto muchas veces, siempre en el teatro y siempre hermosa. Nos entendíamos con miradas, nos hablábamos con sonrisas, y las flores eran las mensajeras de nuestros billetes.... ¡Qué delirio! Pero, ¡ah!, esta belleza encantadora, como las doncellas encantadas de los cuentos, vive bajo el poder de un gigante que la guarda,—y el bárbaro me